

EL CRONISTA, COMPAÑERO EN LA RUTA DE LA IDENTIDAD.¹

Manuel Olimón Nolasco
Academia Mexicana de la Historia.

"[Cantamos] viejos sonos con aires nuevos."²

1.- Planteamiento a partir de la experiencia.

Advierto, después de agradecer la amable invitación a participar en esta reunión a la vez familiar en sus integrantes y abierta en sus horizontes, que el género de mis palabras será el de una conversación parecida a una asociación libre de ideas tanto en el tiempo como en el espacio. Agradezco sobre todo que esta invitación me haya puesto a pensar acerca de algo que no he entendido como un trabajo o un oficio sino como el seguimiento de una vocación. Deseo que lo aquí externado llegue a esa área interior de cada uno en la que se asienta la reflexión y que desde ahí contribuya al diálogo urgente en los tiempos que corren sobre el papel de la memoria, el reconocimiento humano del origen y el destino de la vida y a la crítica a la ignorancia sobre esos elementos fundamentales en un número cada vez más elevado de nuestros contemporáneos.

Si la fecha para la realización de este encuentro no se hubiera cambiado, habría empezado esta intervención con otras palabras, tal vez más teóricas que por lo menos las de este comienzo. El traslado de esta reunión de Bahía de Banderas a Guadalajara, aunque me causó cierto desconcierto, no me indujo a cambiar los términos de esta charla, que iniciaré con algo más bien anecdótico:

La invitación de unos amigos para celebrar el matrimonio de sus hijos hace poco menos de un mes me dio la oportunidad de permanecer algo más de un día en una especie de "mundo aparte" en el mencionado municipio de Bahía de Banderas dentro de un recinto amurallado y prácticamente ocupado por elementos de seguridad llamado con simpleza: Punta Mita (no Punta de Mita como rezan los letreros orientadores de los caminos).

Dos experiencias de este "mundo aparte" van a introducir esta charla:

La primera aconteció en el traslado a un "resort" (esa era la palabra escrita en el mapa) llamado "Imanta".

¹ Ponencia preparada para la IV Reunión de la Asociación de Cronistas e Historiadores del Estado de Nayarit, Guadalajara, 7 de diciembre de 2012.

² Dionicio Morales, *Conjuros y divagaciones*, México 2000. (Citado en: Ismael Lares: *Abigael Bohórquez. La creación como catarsis*, CONACULTA, México 2012, p. 39.)

A mi lado iban dos regiomontanos (marido y mujer) poco acostumbrados a un camino sinuoso y selvático como el que seguíamos. Me pareció que sus costumbres están más ligadas a ir de Monterrey a Laredo, Mc Allen o la Isla del Padre (“South Padre Island”) en una amplia camioneta con aire acondicionado y una pantalla para proyectar películas, que los coloca en una situación de aislamiento no sólo para mirar el paisaje (no demasiado atractivo por allá) sino para no enterarse de más de un barrio marginal con casuchas de cartón que está a la orilla del camino.

La Señora se quejó constantemente del bamboleo del vehículo y al notar lo “lejano” del sitio al que íbamos comentó que habría sido mejor que un amigo suyo la llevara en helicóptero (en su caso posibilidad y no quimera).

El marido estuvo más silencioso y preguntó al chofer al ver un autobús que decía “San Juan” acerca de dónde se encontraba ese lugar y al entrar a un pueblo casi en la puerta de “Imanta” le interrogó acerca de su nombre. A ambas preguntas la respuesta de quien llevaba el volante fue “no sé” y tuve que mostrar mis conocimientos de geografía local al decirle que sin duda en el primer caso se trataba de San Juan de Abajo y en el segundo de Higuera Blanca.

Si las excentricidades de la Señora pueden llamar la atención, a mí me causó más preocupación la ignorancia del chofer, indudablemente vecino del municipio de Bahía de Banderas. Por sólo mencionar dos ciudades hispanoamericanas, he encontrado en taxistas de Bogotá y La Habana, erudición histórica y de hechos contemporáneos que conforta y da idea del arraigo de quien la tiene.

Esta experiencia me hizo pensar espontáneamente en el asunto de la identidad humana en el “aquí” geográfico e histórico y en la permanencia de vidas paralelas que no tendrán ocasión de ir por la misma ruta, si no socioeconómica, por lo menos (¿o por lo más?) humana.

La segunda experiencia tiene validez aunque no se realizó y la expongo porque los filósofos (Sartre desde luego, pero mucho antes que él Santo Tomás) dan licencia para reflexionar acerca de la nada, pues con sólo mencionarla ya es algo.

Con un poco de interés y mucho más de curiosa malicia, vi en el boletín del “Four Seasons Resort” que encontré por la mañana por debajo de la puerta una lista de “actividades” del día y entre ellas una señalada como “Historia de Punta Mita” anunciada como “[una] plática y presentación [que] le contarán acerca de la historia de este mágico lugar.” Esta frase, escrita en español y en inglés, anunciaba la citada plática a las dos de la tarde. Cinco minutos antes de esa hora llegué al lugar en que se decía iba a tenerse y

estuve dispuesto incluso a soportarla en inglés en caso de que ese fuese el idioma elegido. Esperé quince minutos más y no sólo no apareció otro interesado sino tampoco parecía que la plática iba a realizarse. Preferí no preguntar, retirarme de ahí e imaginar el contenido de la hipotética charla. Lo de “mágico lugar” hizo volar mi imaginación, pues es palabra de moda en mi pueblo, ahora titulado también “mágico”, adjetivo que no he logrado entender ni encontrar su contenido concreto.

2.- Relatos e identidad.

Nuestra identidad personal está ligada necesariamente al espacio y al tiempo. Es más, sólo desde la conciencia de nuestra individualidad podemos darle al espacio y al tiempo su sentido: la memoria es como el puente entre el origen y el destino, el de dónde venimos y el adónde vamos. La identidad, no obstante, está condicionada al reconocimiento de pertenencia a una entidad colectiva o, dicho de mejor manera, comunitaria. Pues la colectividad o peor, la “masa”, aportan más desconcierto que seguridad y pueden dar lugar a una especie de adolescencia prolongada que diluye la conciencia de tener en el mundo y en la historia un lugar único e irrepetible.

La identidad se reconoce a través de los hilos de un relato, de un punto de partida mítico o histórico que da cuenta de las raíces de algo que ha venido a ser en niveles comunitarios diferenciados: la familia nuclear, el padre, la madre, los hermanos; la familia extendida, el “clan”, el pueblo (en su sentido más propio, como *el pueblo hebreo* o *el pueblo mexicano*), la nación, la humanidad.

El relato puede ser de amplísima repercusión como el bíblico de Abraham, origen de una familia “más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar” que abarca las religiones “abrahámicas”: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo (que podemos mejor nombrar en plural) o de mínimo significado, como cuando alguien expone en la conversación su nombre, el de sus antecesores cercanos, el lugar de nacimiento, la residencia actual y algunas anteriores y su quehacer específico. Estos reconocimientos “extremos” suelen ser sólidos, si bien el primero no es fruto de la experiencia propia sino de la tradición, es decir, de la trasmisión de boca a oído primero y más tarde fijada en un texto que se lee en voz alta o en el silencio meditativo de un relato fundacional comunitario. Paradójicamente, en la debilidad de estos relatos, más aparente que real, reside su fuerza, pues tienen más de la sencillez de la historia que de la sublimidad y elevación del mito. Por ello son propiedad más de los sencillos y prudentes que de las élites pagadas de sí mismas.

Las civilizaciones dominantes a lo largo de la historia, sin embargo, han tratado de crear relatos que sustituyan a los originarios y justifiquen conquistas y supresiones, que invitan más al olvido y a la selectividad en la recepción del pasado que a la memoria abierta. Así, por ejemplo, el relato ingenuo del origen de Roma en los gemelos Rómulo y Remo amamantados por una loba fue sustituido por la grandiosidad de la épica de Virgilio en la “Eneida”, la epopeya del héroe vencido en Troya y llamado por el destino no a las glorias militares sino a la fundación de una ciudad que sería eterna. En la belleza del comienzo del canto segundo, la emotiva conversación con Dido la reina cartaginesa y la cancelación del futuro de Cartago, está escondida la crueldad de la supresión de una civilización que fue arrasada en las guerras púnicas.

En esa misma línea, dos relatos han acompañado una identidad estadounidense que trata de ser unívoca partiendo de una ideología de dominio y supremacía cuando se trata —y es algo que aumenta con el paso del tiempo— de una identidad múltiple y compleja: el idílico encuentro de los peregrinos del “Mayflower” con unos “nativos” pacíficos que comparten el alimento, celebrado año con año el cuarto jueves de noviembre, el “Thanksgiving day” y una nueva revelación dada por Dios en territorio de Estados Unidos y no en el Medio Oriente a José Smith, fundador de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días (mormones), refuerzo al “destino manifiesto” de ser “el policía del mundo” bajo una delgada capa de religiosidad.

3.- La construcción de una “historia nacional.”

A los relatos de sustitución o de supresión se añaden los que amplían las similitudes o simplifican las diferencias, los de la “fábrica de héroes” cuidadosamente selectiva desde una plataforma política posterior a las personas y a los hechos y los que señalaron rutas de tanta profundidad que quedaron fijos en una especie de inconsciente colectivo. Este fue el camino de la historiografía que durante el siglo XIX trató de sustentar las identidades nacionales sobre todo en Hispanoamérica.

“México a través de los siglos”, la obra monumental dirigida por Vicente Riva Palacio, publicada por vez primera en 1884,³ que contribuyó de manera decisiva a fijar la historia que “debía enseñarse”, es modelo acabado de lo antes dicho.

En primer lugar, concentró el pasado prehispánico en la civilización azteca de tal manera que la complicada cronología de ese pasado y el hecho de que la comunicación tanto en

³ Posteriormente ha tenido múltiples ediciones. Existe una digital de El Colegio de Jalisco, Guadalajara 2007.

el tiempo como en el espacio entre distintas etnias e historias no fuera continua ni a veces siquiera posible quedó prácticamente borrado. La elevación de Cuauhtémoc (“el joven abuelo”) a la categoría de héroe nacional rubricó la unificación del pasado y al mismo tiempo facilitó la consideración de los años virreinales —en sí mismos complejos y diferenciados— como una especie de antítesis oscura al esplendor idealizado del México antiguo.

Esa labor constructiva, facilitada por la lectura que Carlos María de Bustamante había hecho de los episodios relacionados con la independencia y la selección de sus héroes y villanos, quedó inserta en la obra quizá más significativa de divulgación de esos tiempos, las “Lecciones de historia patria” de Guillermo Prieto, dadas a la luz en 1886, que tuvieron en cuenta el trabajo de “México a través de los siglos” y en poco más de quinientas páginas lo presentaron. Con mucha mayor calidad literaria, Justo Sierra tanto en su “México, su evolución social”⁴ como en “Juárez, el hombre y su tiempo,”⁵ lanzó adelante una visión de México de origen partidista que pareció cancelar cualquier interpretación diferente. Concentró la historia de México independiente en tres personajes que pasaron a ser epónimos, es decir, cabeza de epopeyas identitarias: *el libertador*, Miguel Hidalgo; *el reformador*, Benito Juárez y *el pacificador*, Porfirio Díaz.

Prieto y Sierra subrayaron que sus obras tenían carácter “filosófico” y el primero fue explícito al exponer la intención de sus “Lecciones”, dirigidas sobre todo a los estudiantes de preparatoria. Primeramente, a propósito de la historia como alimento del espíritu escribió Guillermo Prieto: “[...] Herencia preciosa para el espíritu, registro de los avances de la humanidad, maestra del alma, faro de la moral, revelación suprema de la Providencia divina, alma de la experiencia, astro excelso que nos guía entre las tinieblas del futuro, tal es la historia, aunque haya quien la llame *alfolí de mentiras* y *almacén de cuentos*.”⁶ Y él mismo explicitó el objetivo de la divulgación de su escrito que todavía rigió, aunque quizá no con la conciencia clara, por ejemplo, la escritura del “Compendio de Historia de México” de Alfonso Toro,⁷ que fue el libro de texto que me correspondió leer precisamente en la preparatoria mediante estos conceptos: “[...] El objeto de este libro es dar a conocer a la juventud mexicana los buenos principios liberales, fundados en la

⁴ Edición original: Ballescá Editores, Barcelona/México 1900/1902. Puede consultarse en la edición digital de la Biblioteca Virtual Universal, 2003.

⁵ Edición original: Ballescá, Barcelona/México 1905/1906. Existen dos ediciones facsimilares: Condumex, México 1990 y Miguel Ángel Porrúa/Comisión Nacional de Derechos Humanos, México 2006. Puede también consultarse digitalmente.

⁶ *Lecciones*...p. 510. (Cito de la versión electrónica)

⁷ Tres volúmenes, México (4) 1946. (Existen otras ediciones).

observación y en la ciencia, para hacerla ante todo mexicana, patriota, liberal, republicana y defensora entusiasta de los derechos del pueblo y de la Reforma.”⁸

La narración histórica así enfocada no cabe duda que pretende dar sentido de pertenencia e identidad, sólo que con una mediación cargadamente ideológica que, como tal, ilumina alguna parte de la realidad y oculta otras. La ideología, como sabemos, es más bien un instrumento político y no una herramienta de investigación histórica y sostiene a veces anacrónica e incluso inconscientemente posturas partidistas que el tiempo ha hecho caducas. En el rescate historiográfico de nuestro siglo XIX, por ejemplo, a pesar de que se ha hecho y se hace bastante, todavía hay camino por andar, sobre todo en cuanto a la superación de posturas ideológicas.

4.- Viejas e inútiles confrontaciones.

En este punto de nuestra conversación tal vez ha surgido la pregunta: ¿A qué viene todo eso si el tema es el cronista y su acompañamiento en la búsqueda de identidad? Vuelvo, pues, a la realidad regional, sin que lo anterior tenga que ir al bote de la basura.

Entre Bahía de Banderas y Guadalajara hay una diferencia de entidad federativa: Nayarit para la primera, Jalisco para la segunda. No hay, sin embargo, desde hace poco tiempo diferencia en cuanto a la hora legal, aun cuando la astronómica la pide. Al nacimiento de la “marca” “Riviera Nayarit” se adhirió la homologación del horario un poco en beneficio de los habitantes dada la avanzada conurbación entre Puerto Vallarta y Nuevo Vallarta y áreas aledañas, pero más en beneficio de los viajeros que llegan en avión a distintos “resorts” en ambas riveras del río Ameca.

Esta homologación va, desde luego, más allá del horario y pide un esfuerzo de búsqueda de raíces firmes nada fácil pero muy conveniente en la que los cronistas tienen un papel insustituible a la vez de arraigo y de apertura. El péndulo de la acción del historiador y el cronista, desde luego, ha de moverse desde el espacio cercano de la “matria” en construcción hacia la realidad de la globalización de la cultura y de la cotidianidad que parece aplanar toda diferencia y regirse por el olvido, la debilidad del pensamiento y el reinado del instante.

Teniendo en cuenta lo anterior, que invita a una dedicación que requiere imaginación e impulso de futuro, me llamó la atención negativamente un artículo que bajo el título de “Diario de un snob” y el seudónimo de “El Duque de Tlaquepaque” se publicó en “El Informador” de Guadalajara en la reciente fecha del 17 de noviembre y que puso sobre el

⁸ *Lecciones...ib.*

tapete el viejo y superado tema de Lozada y Ramón Corona con la no menos vieja carga de la confrontación y dicotomía entre herencias regionales y locales que van más allá de decisiones tomadas en circunstancias propias de otro tiempo. No me interesaría comentarlo si no fuera porque a 126 años de la cita de Guillermo Prieto que apunté líneas atrás, el artículo al que me refiero está enmarcado en el mismo molde ideológico, el de una historia “nacional” unívoca y de seguimiento obligatorio.

Dos elementos componen la centralidad de la trama del escrito: la batalla de “La Mojonera” que tuvo lugar los días 28 y 29 de enero de 1873 y el asesinato del General Corona en Guadalajara el 11 de noviembre de 1889, cuya conmemoración número 123 motivó el artículo.

El primer elemento condujo a calificar a los protagonistas (o más bien, para usar el sistema analítico del teatro clásico, al protagonista y al antagonista) mediante rasgos exagerados. Corona es: “[...] Sobresaliente. En un siglo de caudillos, por sobre casi todos los demás destaca el nuestro, el general Ramón Corona, campeón de mil batallas y dueño de una clase y diplomacia que ya hubieran querido muchos monarcas europeos.” Para calibrar a Lozada en cambio, “el Duque de Tlaquepaque” acudió a la autoridad de Jean Meyer, sólo que citándolo erróneamente: “[...] Cuánta razón ha tenido Jean Meyer. El estudioso en el tema de Lozada-Corona y las relaciones entre lo que fue el Cantón de Tepic y Guadalajara colocó al pomposamente llamado ‘Tigre de Álica’ como un simple y vulgar ladrón, traicionero y al servicio del mejor postor. Tuvo en jaque a nuestra ciudad hasta que Ramón Corona lo paró.”

El segundo, llevó a la amplificación interpretativa del asesinato de 1889: “[...] Horroroso crimen perpetrado en la egregia persona del célebre general...Campeón de mil batallas, no libró una de las más peligrosas y que no es otra que la de la ‘envidia y el poder’... [pues] lo ‘preman’ con el exilio como embajador [en] España temiendo sus adversarios políticos que les robara protagonismo y llegara a ser presidente de México por méritos propios y por su cabal honestidad y popularidad...Y es así que al general Corona le acuchilla un vulgar maestrillo de primaria, desde luego enviado por los altos mandos y en represalias por haber frenado a uno de los más grandes delincuentes que ha tenido la historia de México como lo fue el indio Lozada.”

La irresponsabilidad de las afirmaciones citadas es patente.

5.- Tarea necesaria y reconfortante.

La compañía, pues, del cronista y del historiador en la ruta de la identidad de los pueblos tiene más de una razón.

Delante de las repeticiones acrílicas que dividen ha de ser buscador de los mejores acercamientos a la verdad pues ésta, más que ser melodía de un solo instrumento, es composición sinfónica, armonía resultante de muchos y variados instrumentos, de sonidos y silencios. Para este acercamiento se requiere la formulación incansable de preguntas a los viejos y a los jóvenes, a los archivos y a las piedras; la paciencia de la investigación incansable, la criba del criterio honesto y la mirada crítica no exenta de malicia y sospecha. Se requiere la posibilidad de proponer líneas de conocimiento y de acción en las ágoras locales, en los sitios de formación de la cultura y no sólo en la educación formal, pues el “libro de texto” es cada vez más un instrumento caduco. Las “casas de cultura” municipales y los espacios de comunicación locales tienen una misión que debe revisarse y potenciarse, pues la construcción de la identidad es ante todo labor de reconciliación y de unidad en la pluralidad y no proselitismo para la uniformidad. Es importante también, en el nivel local, estar atentos a las conmemoraciones cívicas sobre todo en los planteles de educación básica donde es común todavía el lenguaje del siglo XIX y la lógica de las causalidades libertarias a partir de hechos bélicos. Un poco al azar encontré estas líneas de la conmemoración de la batalla de La Mojonera en enero de este año 2012: “[...] Con un discurso emotivo, la niña Michel [sic] Cervantes, de la primaria Ramón Corona recordó que esa batalla dio libertad al municipio de Zapopan y a Jalisco.”⁹

El cronista y el historiador han de ser libres, han de “pensar con cabeza propia”, han de estar a una sana distancia del poder y de los poderosos y aportar no sólo afectos y nostalgias, sino avances constructivos. Para ello es fundamental abrirse al diálogo con los demás para superar con audacia la imagen, para algunos cómoda, de ser una especie de “guardián del fuego sagrado” y apropiarse de una noción clara de tradición, pues en la actualidad, sobre todo en las poblaciones pequeñas se abusa de acudir a lo que se le llama “nuestras tradiciones” para fijarse en la inmovilidad o para no extirpar signos de decadencia o de contaminación presentes y a veces arraigados. El uso del plural a la hora de hablar de “tradición”, sin embargo, es significativo. Como lo notó hace ya cincuenta años uno de los teólogos más lúcidos del siglo XX, el dominico Yves Congar, existe una gradualidad que exige actitud crítica y delicado discernimiento entre “la Tradición”, escrita con letras mayúsculas y “las tradiciones”, en plural y minúsculas. Es ésta la más fascinante de las tareas que se encomiendan al historiador y al cronista y que le dan

⁹ Boletín electrónico *Mega Noticias*, Guadalajara, 27 de enero de 2012.

contenido a su vocación de servicio. Escribió Congar: “[...] La tradición da a entender una transmisión de persona a persona. Supone e implica a un sujeto vivo. Desde el punto de vista de su contenido, la tradición así asumida y en su sentido más primitivo y amplio se refiere simplemente a un depósito, sea el que sea; ni requiere ni excluye nada. Ese depósito o contenido puede comprender escritos y palabras, actitudes, reglas de conducta o instituciones. En pocas palabras, la tradición no se define por un objeto material en particular, sino por *el acto de su transmisión*. Su contenido es simplemente *id quod traditum est, id quod traditur*, [es decir: *lo que se ha transmitido, lo que se trasmite.*]”¹⁰

Esa transmisión, el paso por nuestra sensibilidad y nuestro espíritu de lo que ha sido y podrá seguir vigente y de lo que no merece vigencia es nuestra tarea. Ni brillante ni apreciada en la civilización de la provisionalidad y del desecho, es profundamente necesaria y reconfortante para la solidez cultural que merece todo ser humano a fin de que pueda responder a las preguntas en verdad vitales para enraizarse y comprometerse con el mundo: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

olimon.org

Roma, 22 de noviembre de 2012.

Guadalajara, 7 de diciembre de 2012.

historiador



¹⁰ Yves Congar, *La tradition et les traditions*, II : *Essai théologique*, Cerf, Paris (reimpr.) 2010, p. 65. (La edición original es de 1963. Texto en francés, traducción mía).